

## *Evocación de Pedro Grases*

Al evocar a Pedro Grases, una de las primeras imágenes que vienen a mi memoria, nítidas, son aquellas manos suyas, firmes y gruesas como de artesano. Se podría pensar, al verlas, en los campesinos de su tierra del Penedés —tierra de buen vino— y costaría adivinar a la primera que de ellas hubieran salido millares de páginas, con aquella letra menuda no siempre fácil de descifrar.

No cuesta nada recordarlo sentado, la espalda recta, ocupado en escribir o leer en una sólida mesa de trabajo que llenaba un rincón de la sala donde solía recibir, a veces en sucesión, a tantos visitantes. Dos butacas cerca de la ventana fueron el lugar de innumerables conversaciones, centradas siempre en el país, los libros, las investigaciones, la tradición que se debería mantener viva.

Si se lo iba a ver a la Sociedad Bolivariana, cuando tuvo a su cargo con Manuel Pérez Vila la edición de los *Escritos del Libertador*, allí estaría en mangas de camisa, con corbata. En su casa uno podía encontrarlo con ropa informal: pantalón de pana gruesa, zapatillas, franela. Si era tiempo frío, un suéter (que no disimulaba el uso) sobre las espaldas. En todo, resultaba evidente la imagen de alguien que llevaba años en el oficio; que aquella mesa había visto pasar infinidad de papeles — borradores, cartas, pruebas de imprenta, fichas— y había sido testigo mudo de muchas horas de diálogo, plasmadas después en tantas páginas impresas de los autores más conspicuos de nuestro medio.

Porque a Pedro Grases acudía todo el mundo intelectual. En busca de una referencia, de un libro, de una opinión, de la orientación necesaria para emprender alguna investigación histórica o literaria. Acudían, desde luego, no solo por su erudición, vasta y precisa, sino por su inagotable afán de servir.

Al considerar hoy su persona —con aquella desbordante vitalidad suya— para rendirle homenaje, es ese quizás el primer punto que quisiera destacar, para fijarme luego en otros dos aspectos clave: su descubrimiento de la tradición hispanoamericana y lo que, con título clásico, podríamos llamar los trabajos y los días.

1

Aventado a estas tierras por la tragedia de la guerra civil española y necesitado — como es natural— de *poner pan en la mesa*, solía decir, Grases, con una incipiente carrera de servicio público al lado del Alcalde de Barcelona, no renuncia sin embargo a ese deseo íntimo de “ser útil a los demás”, tan marcado en él. Podía

haber cedido a la amargura, que consumió a más de uno en el destierro; podía haberse encerrado en la por demás justificada ocupación de hacer un capital propio, en atención al eventual regreso a su tierra natal. Apenas encuentra cauce adecuado para su actividad —el Ministro de Educación, Rafael Ernesto López, lo lleva al Liceo Fermín Toro y a la Escuela Normal Superior, de donde pasó al Instituto Pedagógico Nacional—, comienza lo que sería el largo y fecundo camino de redescubrir e impulsar la tradición venezolana.

Para entender esto, sin embargo, hay que comenzar por verlo —como pudo describirse— “con el corazón en la mano o con la alegría a flor de labio”. Cuenta Julián Marías en sus memorias que un día su hijo Javier les dijo —a don Julián y a Lolita, su mujer— de gente que había conocido en fecha reciente: *parecen de vuestra generación, por el entusiasmo que los anima*. De Pedro Grases podríamos decir lo mismo: siempre entusiasta y abierto a la amistad, con el gozo de compartir la vida, convencido de que “no hay otro modo de vivir más honesto, pleno, intenso”.

En el prólogo de uno de sus libros más personales, glosando una estrofa del romance del Conde Arnaldos —*digo mi canción a quien conmigo va*—, escribe: “Decir uno su propia canción a otro; sentir la emoción de recibir la canción del amigo, o del compañero, o del maestro, ¿no es acaso el más entrañable placer en la vida que nos haya tocado vivir en la tierra?” Lo admirable es que estas frases salen del alma de alguien a quien la vida le impuso el trasplante —un *trasterrado*, diría—; alguien que, a pesar de su buen trato, tendría que padecer desencuentros. Alguna vez sufriría el embate de la maledicencia, poco comprensiva de la necesidad, para un emigrado y catalán, de sacar adelante su familia. Mejor no detenerse en esa pequeña historia.

Si habló de “alegría a flor de labio” era porque le resultaba práctica cotidiana. A veces decía que su optimismo se manifestaba en dos cosas: en levantarse a las cuatro de la mañana para trabajar y... en peinarse todavía, cuando ya era muy poco el cabello que le quedaba. Tenía siempre una salida ocurrente y salpicaba de oportunas anécdotas la conversación para ilustrar un punto. Un día me contaba cómo había visitado a don Vicente Lecuna con algún personaje que tenía interés en conocerlo y, en la siguiente oportunidad en que había coincidido con Lecuna, este le había dicho: no es muy inteligente el amigo ese que me presentó el otro día... *por el modo de repetirme las cosas, se notaba que le había costado mucho entenderlas*. O, al revisar algún borrador que le presentábamos, podía indicar: *esto, como solía decir Amado Alonso, se lo cuentas a tu abuela, que es a la única a la que le interesa*. Así, el toque jocoso de la anécdota contribuía a disimular la severidad de la corrección o lo grave del consejo.

Trasplantado a América, Pedro Grases —para fortuna nuestra, que no tenemos aún conciencia como país de cuánto debemos a su trabajo— descubre la tradición hispanoamericana. Descubre a Andrés Bello, a quien enseguida equipara con Milà i Fontanals o Menéndez Pelayo, figuras tutelares en el mundo de la erudición y las letras de donde venía.

Ese *su* descubrimiento de América, como dirá, no solo abre ante sus ojos un panorama de trabajo. Le traza una misión, que llevará a cabo con disciplina ética, probidad que aprendió de Menéndez Pidal como base de cualquier investigación. Oigamos sus palabras: “Así como me sorprendió desde el primer momento que en este lado del Atlántico hubiese un puñado de Repúblicas afines a nuestro modo de ser [no se enseñaba en la España de su tiempo apenas nada de lo nuestro], me di cuenta igualmente que eran innumerables los hechos de civilización que esperaban desbroce, ordenación, esclarecimiento e interpretación. Hay tarea no sólo para una persona sino para varias generaciones en cada República hispanoamericana, tanto en el acopio y ordenación documental y de referencias, como en los más diversos campos de análisis crítico e interpretativo”

En especial, intuye “las enormes posibilidades que ofrece y exige Venezuela como objeto de estudio”: “La historia de las grandes figuras de las letras venezolanas y la de los factores vitales en la cultura del país está aguardando la mano paciente y amorosa de quien se decida a adentrarse en sus existencias, con documentación hasta ahora intocada”.

Quizá su raíz catalana lo preservó. No sufre en lo más mínimo de mentalidad colonial. Está plantado “aquí en Venezuela, en el aprendizaje de la cultura hispánica de América, centrada o concentrada en la que se ha forjado en esta tierra de Bolívar”. Goza cuando trabaja en los papeles de Bello, como cuando trabaja en los escritos del Libertador. De esa documentación bolivariana comentaba en su momento “creo que no hay mejor empresa en todo el ámbito de Hispanoamérica”.

Al poco tiempo de haber iniciado su carrera docente en el Pedagógico, ya organizará una Semana de Bello. Así será su trayectoria entera: Grases descubre y asume como misión propia el rescate y la divulgación del pensamiento venezolano. Digo ‘pensamiento’ más que literatura, aunque la literatura esté de por medio, porque quizás en esta área el descuido era mayor. Al cabo de más de medio siglo de su trabajo incansable, sin desánimo, disponemos de una nutrida colección de fuentes para el estudio de la historia de las ideas y de la cultura en Venezuela.

Le gustaba *fatigar las prensas*. Basta consultar su bibliografía para reconocer que, en efecto, lo llevó a cabo. Poco inclinado a escribir ficción o poesía, prefería decir — con su humor proverbial— que a él le había tocado *bailar con la fea*. Lo suyo era la pesquisa bibliográfica, el documento compulsado, la edición crítica, la monografía rigurosa, que podría dar luego origen al trabajo interpretativo de más amplio horizonte. Disfrutaba, con razón, cuando recibía el comentario elogioso de Alfonso Reyes: *hiciste diana, Pedro*, en la interpretación de algún punto. Y sin acritud, pero con rigor, podía quejarse: Arturo [Uslar Pietri] se deja llevar por la imaginación literaria... Pone a Simón Rodríguez y Fray Servando Teresa de Mier llamando a la puerta de Chateaubriand para llevarle la traducción de *Atala* que habían hecho, cuando la historia es justamente al revés. Fue Chateaubriand quien, teniendo noticia de la traducción de su novela, los buscó en su domicilio en París.

3

Ese rigor resulta tanto más admirable cuando se toma conciencia de la magnitud de su trabajo. Me comentaba una vez: “El fin de semana último estuve movido (es decir *clavado*) por un requerimiento de tu progenitor. *Hacerle el índice analítico de los dos tomos de discursos*, en total 620 páginas, en 72 horas. Recibí el encargo el jueves y tuve que entregarlo terminado el domingo a las 10 de la noche. 12.000 fichas [*sic*], elaboradas, ordenadas, refundidas, revisadas y numeradas para el linotipista...” Si no fuera verdad, costaría creerlo. La capacidad de trabajo y la dedicación de Pedro Grases es uno de esos casos en los cuales la más cierta verdad de la historia resulta inverosímil.

En otra ocasión: “Te escribo en la madrugada de domingo [25 de enero], mientras todo el mundo duerme... Y a las 7 ½ viene el muchacho Elías Pino para cotejar unos textos de Soublotte que han de estar impresos el día 11 de febrero...” A veces se quejaría de estar en “puro brinquito para atender a tanto requerimiento”. La verdad es que había hecho suya la admonición de su maestro Menéndez Pidal, quien escribía a los noventa años: “...el secreto de bien administrar, no es la parsimonia recelosa y escasa; es el desplegar la vida en todo lo que ella, en su plenitud, exige, consume y repone: es no economizar en el esfuerzo del cuerpo o del ánimo gasto ninguno, aunque no comprometiendo en la aventura el capital, sino los réditos”.

Del mismo texto de Menéndez Pidal recogió sin duda otro consejo siempre aplicado: “*No morir totalmente* ha de ser ansia suprema de la vida, en todas las edades, afán de todos los días que el tiempo va devorando, y ha de ser siempre en la esperanzada creencia, como don Quijote, de que hacen mucha falta al mundo nuestras caballerías, por pobres y frustradas que ellas parezcan en la realidad”. Lo comprendemos bien en esta Academia, donde podemos reconocernos en una anécdota de don Pedro, que relataba con buen humor. Había publicado uno de sus

primeros trabajos aquí, quizás la monografía bibliográfica titulada *Estudios de castellano* (1940) y llevaba un paquete recién salido de la imprenta en el asiento del carro, que dejó estacionado —pienso— en una de las viejas calles de La Pastora. ¡Qué desilusión cuando, al regresar, encontró el paquete abierto (había olvidado cerrar el carro con llave), *pero no se habían llevado ningún ejemplar!*

Trabajador incansable, sabía cuidar sin embargo las vacaciones en familia: veranos en Son Amer, Olérdola, Barcelona... Días para tomar el sol, para atender al jardín, para caminar. Días también para reencontrar viejas amistades y salirse un poco del tráfico de estas tierras tropicales donde resulta tan fácil —decía— perder el tiempo. Le gustaba una buena novela, su *Quijote* releído tantas veces; alguno de los Episodios Nacionales de Pérez Galdós: *Los Ayacuchos*, *Trafalgar*. O el *Maigret* de Simenon, para entretenerse un domingo en la tarde, sobre todo esos días cuando no había partido de fútbol, cuando el *Barça* no tenía que medirse con su equipo rival.

Con puntillosa dedicación, procuró hacer colección de todo lo que se publicaba en el país, digno de ser preservado, tanto libros como folletos. En particular, folletos, donde su perspicacia de investigador descubrió enseguida uno de los grandes repositorios de nuestra cultura intelectual. Con ese esfuerzo sostenido y la incesante adquisición de nuevos títulos aparecidos en España, en Buenos Aires, en México o en el mundo anglosajón, se formó la biblioteca que hoy sirve a la comunidad investigadora desde su hermoso edificio en la Universidad Metropolitana.

La tertulia de los sábados, en su casa en La Castellana, ha sido evocada más de una vez y merecerá ser conservada en el recuerdo por su valor ejemplar en nuestra vida cultural, por ejemplo, con un título sencillo: *de cómo unas tacitas de café negro nutrieron la tradición venezolana*.

Al final, acaso en ello esté el secreto: ese amor por la tierra, la tierra en que se ha nacido y la tierra en la que la Providencia nos ha colocado para vivir y luchar. La personalidad, la persona toda de Pedro Grases estaba firmemente arraigada: en la familia, en la lengua, en la tradición. Se conmovía al oír a un payés de su pueblo natal decirle, en medio de sus viñedos: *quan els meus ossos faran sucre*. Mis huesos, sembrados aquí, darán dulce fruto. Hoy nos toca decir que la ingente obra de Pedro Grases, bien plantada, no podrá dejar de fecundar la cultura de nuestro país.

Rafael Tomás Caldera  
20 de abril de 2015